



El caso Bueno

Las encontradas reacciones ante el último libro de Gustavo Bueno no reflejan, salvo alguna excepción, aquello que el propio libro sea o, incluso, aquello que el libro no es. Esas reacciones, tanto las favorables como las airadamente negativas, dejan ver, en general, las posiciones “políticas” e ideológicas (cuando no meramente psicológicas) de los lectores o de los confesadamente reacios a leer todo lo que provenga de Bueno, lo cual resulta muy curioso. La urticaria, el sarpullido rosáceo ante la presencia mundana de Gustavo Bueno, merecería un análisis por sí mismo, incluyendo la parte que le toca al protagonista, que no es poca. Así, nos encontramos, no ya en la calle, que también, sino en algunas supuestas reseñas del libro en cuestión una retahíla de despropósitos que rozan el insulto. Reacción acaso desproporcionada a las por ello virulentas, acaso desmesuradas del propio Bueno frente a quienes osan llevarle la contraria, cuestionar sus tesis, u opinar sin leerlo. Nada digamos de quienes, y tiene razón, se ven obligados a decir algo en defensa de los ofendidos, en este caso, Zapatero y el PSOE. A los socialistas intervinientes se les hubiera exigido cautela, haber leído el libro y, además de cintura política, astucia y reacciones medidas. Es decir, si lo leyeron con detenimiento, hubieran encontrado sus debilidades y una luz que oscurece todo el libro, incluso allí donde como siempre es certero, brillante, incluso lancinante.

Digo todo esto porque acaso este libro de Gustavo Bueno, unido a los que desde “España frente a Europa” han empezado a levantar ampollas, acote un campo de análisis que desborda al personaje, o que lo incluye en ese campo precisamente como “síntoma” y nombre de una enfermedad curiosa y que tentado estoy de creer muy “española” – incluidos ‘sus’ territorios nacionalistas–: así pues, el “caso Bueno” comienza a mostrar sus items, su síndrome. Distinguir entre “Bueno” y el “materialismo filosófico” es ahora más pertinente que nunca, como algunos han dejado escrito y que yo suscribo, pero no sólo. Pues yo distinguiría entre Gustavo Bueno, el *materialismo filosófico* y Gustavo



Bueno Martínez, que es la persona que muchos ovetenses nos tropezamos en la calle, con la que tenemos más o menos trato, que tiene familia, que nació en Santo Domingo de la Calzada, etc. ¿Obviedades? ¡Ni mucho menos! Y muy oscuras cuando, desvergonzada y desproporcionadamente, alguien lo mezcla todo y hace, con un turmis patologizante, una papilla periodística como la aparecida en “La Voz de Asturias” a propósito del libro, y donde se mezcla la visceral reacción al mismo, impropia de un profesional, lo que no quiere decir que deba guardarse su opinión, en un ajuste de cuentas con el personaje, con su “supuesto-saber”, con su mito, con la persona y con todo Cristo.

Hay otros que se alegran, que te paran en la calle para decirte, no sin morbo, que ya era hora, que “si lo dice Bueno...” ¡Increíble! Y van y compran el libro. **Yo espero, vuelve** alguno sincero y mareado y dice que no entiende nada, que le cuesta. Esta sinceridad es de agradecer. A mí también me cuesta, incluso ahora que después de muchos años y relecturas me parece que puedo hablar de su obra con cierta familiaridad.

Ahora bien, ¿por qué este asunto de sociología menor merece esta atención si no fuera por el efecto localista del asunto, en primer lugar, y porque se trata precisamente de Bueno? ¿Por qué Bueno es ninguneado en la prensa liberal no por este o el otro libro, sino desde hace una docena de años? ¿Por qué la Academia, que no hace, salvo excepciones, sino traducir y comentar a autores foráneos consagrados, y en muchos casos inferiores a Bueno, silencia no ya a Bueno sino al “materialismo filosófico”, incluso y sobre todo para pensar “contra” el propio materialismo filosófico, único modo de “filosofar” verdadero por cierto? ¿Por qué es voceado por la prensa de ‘derechas’, que fabrica un Bueno inexistente, el portavoz áulico de su cínica conciencia?

Estos apuntes son lo que pretenden: señales de atención hacia nuestras propias reacciones, incluyendo las de quien esto escribe y que por razones que no vienen al caso, en tanto son ‘internas’, pero que tienen en estas manifestaciones de Bueno y de quienes lo aplauden **y quienes lo abofetean sin medida (formas ‘externas’ con las que en**



ningún caso comulgo) un motivo serio y fundado no para romper con Bueno y menos con el “materialismo filosófico”, pero sí para que la distancia, el espacio producido por ella, deje a mi propio discurso –modestísimo, incomparable, pero que precisamente surge de su enseñanza y de mi propio decurso existencial– erguirse y madurar, enriqueciéndose con el aflujo de otros y con las dudas, las interrogaciones y tensiones que la propia creación de Gustavo Bueno me produce.

Ahora bien, dicho esto, ¿qué tiene que ver el no analizado, fundado, “pensamiento Alicia” con el Presidente de Gobierno, con el PSOE? Más de uno enarcará las cejas si ha llegado hasta aquí. Bien, pues es ahí donde yo creo está la máxima debilidad de este libro, de su ejercicio quirúrgico, de sus denuncias, necesarias unas, innecesarias otras, máxime cuando salen a la luz envueltas en este formato.

El libro está ya en la calle, comentado, leído, circulante. Es ya un producto objetivo. No se pueden borrar ni la foto de la portada ni el rótulo que hace mención a Zapatero, tampoco de su interior; y entonces, al terminar de leerlo, yo me pregunto: el Pensamiento Alicia, precisamente si es tal, por existir, ¿no merecería un trato fundamentado, un análisis sociológico, filosófico, intenso y extenso de sus causas, de sus razones, de sus vínculos, como lo intentó en su interesante ensayo sobre “eurotaoismo” (otra forma de descalificación del discurso político dominante) Sloterdijk, por caso, quien culmina su denuncia en el último tomo de su voluminoso e importante *Esferas*? ¿No tendría que ver esta denuncia con el “pensamiento débil”, el pensamiento atomizado, la postdemocracia y el formateo mediático y homogeneizante de las conciencias, esa “Miseria de lo Simbólico” de la que habla el último Stiegler o el relativismo cultural, y por tanto “egológico”, donde cada cultura vale como “verdad en sí”, lo mismo que cada opinión vale como verdadera “en sí”, como la muy “respetable” atmósfera personal de cada cual? Hay claro mucha más tela que cortar, y eso precisamente es lo que comprobamos que Bueno no ha hecho, sino que ha cosido retales, eso sí de lujo. Pues de lo que se trata es de analizar, de arrojar luz acerca de esta sociedad del presente que “piensa” así, a lo Alicia precisamente; y una sociedad que no



tolera la bajada a tierra de un filósofo verdadero como Bueno, sus impertinencias, su intempestividad. Y al hacerlo, y al hacerlo así, comprobamos que acaso el síndrome de Alicia afecta al propio diagnosticador. Es decir, cuando escuchamos, no ya leemos, al Bueno “objetivo”, triturador de conceptos, no entendiéndolo en general, en general se le aplaude y en particular se goza, se aprende. Bueno lo sabe, y lo sabe perfectamente. Pero donde dudo que lo sepa y lo domine, es cuando sigue haciendo esto y lo mezcla con lo subjetivo, basculando su discurso por el peso de los intereses personales, a los que tiene derecho por cierto, y quiere entonces apoyarse en la objetividad de su trabajado, esforzadísimo discurso. Entonces, la venganza del pensamiento subjetivo común, de la psicología de las masas, y otras lindezas, se ceba, se resarce, se crece engullendo al “monstruo”. ¿Qué importa todo lo demás?, ¿qué importan las razones o sin razones del asunto? Todo es una disculpa, una ceremonia antropofágica. Pero Bueno debiera saber esto y parece obnubilado, cegado por esa luz opaca que causa la ira política.

Este es un libro de retales preciosos como el que dedica a la “idea de persona” en relación con el ridículo asunto de la proposición de ley que otorgaría derecho “humanos” a los simios. O de nuevo sus análisis sobre la idea de nación, o el “matrimonio” homosexual, y ni qué hablar tiene si lo reducimos todo al aura de inocencia culposa que extiende sobre la “ideología de Alicia”, de Zapatero y su mística y mistificante “Alianza de Civilizaciones”. Tomados uno a uno son perlas, joyas, no por eso menos criticables, pero ejemplos al menos de una racionalidad lúcida y atenta con la que podemos acaso discutir, aplaudir en parte, rechazar también. Ahora bien, estos trazos de luz convergen en el ‘foco’ Zapatero y PSOE y de tal manera, que la necesaria y pretendida universalidad se tiñe de particularismo, de contingencia, de banalidad. ¿Negaremos nosotros la incidencia de un, aceptémoslo como hipótesis, presidente débil e ingenuo? ¿Pero reduciremos la Política a uno de sus productos del presente, a los políticos actuales?

La cuestión precisamente creo que pasa por las coordenadas materiales del mundo actual y cuyas morfologías políticas, y sus ideologías dominantes, es preciso



analizar, reconstruir para poder actuar, navegar por este “nuevo mundo”. Recordaré para insultadores oficiales y apresurados que el increpado Bueno tiene escritos dos libros de Filosofía Política que no se los salta un torero y que desde hace digamos 25 años circulan por ahí, que no se puede hablar de oídas ni por resabios, y que es obligatorio tener en cuenta estos verdaderos elementos de análisis si queremos fundamentar precisamente nuestro juicio, incluso nuestro juicio “negativo”. Que el “Mito de la Izquierda” no satisfaga a muchos, no empece, por caso, para que Bueno diga verdades como puños, pero justamente por eso, lo curioso de este importante libro al que le falta su contrario, el “mito de la derecha”, no es el libro en sí sino las reacciones al libro: cómo el “izquierdismo” reaccionó tan mal precisamente por ver confirmada su agonía, su vacuidad, su pérdida de referentes y no reaccionar como debiera: apostando por los contenidos sociales que ese mito desvirtuaba, deslizaba hacia terrenos imposibles y que ahora quedarían desnudos, huérfanos, sí, pero retadores, demandantes de compromiso, de nuevas armas, de espacios y actuaciones que nos exigen superemos la “herida narcisista” de tanto progre tan reaccionario, incapaz de quitarse la etiqueta ya raída de la izquierda supuesta. La “izquierda” es real precisamente cuando sabe ya eso y se mira directamente a los ojos decepcionados para recuperar su verdad, que desborda a tanto mentecato, a tanto izquierdista de café o de nómina.

Pero si ese libro levantó sarnas, este se enfanga en los lodos que esa franja sociológica abrió entre ellos y Bueno ya hace años. ¿Es de esto de lo que se trata? ¿De una disputa pública de familias? ¿De un divorcio ideológico?

Volvamos a los retales. Nosotros mismos hemos escrito artículos al respecto en los que mostrábamos nuestras coincidencias con lo denunciado por Gustavo, así como en ocasiones nuestras disidencias. No comparamos, faltaría más. Queremos remitir al formato “artículo breve” de periódico. El propio Bueno, en la sección que mantiene en *El Catoblepas*, la revista digital del materialismo filosófico oficial, escribe artículos de enjundia y extensión adecuada, como el que dedicó al Pensamiento Alicia en su día precisamente, entonces ¿a qué este libro?



Yo no daré consejos, faltaría más. Ni siquiera diré si coincido o no con el libro, pues esto ahora no tiene importancia, lo cual quiere decir que considero al “libro”, y no a algunas de sus partes, como ‘perecedero’, sin importancia. Ahora bien, la “importancia” del libro radica en la actitud de Bueno, por un lado, y en las reacciones, a favor o en contra, por el otro. Si escribo sobre este “fenómeno”, sobre este síndrome, sobre el “caso Bueno”, es por lo que Bueno representa, por lo que me importa, por lo que le debo como maestro, por el “materialismo filosófico” que, claro está, nos transciende a Bueno y a mí y también por el hombre, la persona a la que tanto estimo.

Termino pues preguntándome por ese ácido que tienen las palabras de Bueno, incluso cuando habla de, pongamos **por caso**, la idea de movimiento en Aristóteles y que siempre hemos comprobado provocaba respuestas airadas, tensas. Respuestas impropias, psicológicas sin duda, vómitos muchas veces ante ‘algo’ que muchos estómagos eran y son incapaces de digerir, pero que ahora, en estos últimos años, aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, que Bueno es un anciano, que si patatin que si patatán, la marea sube y lo mancha todo, incluso mancha al propio Bueno que no debería a estas alturas intentar bañarse en aguas con semejante resaca.

Acaso otro día hable del libro y **de** sus contenidos, hoy no. Los contenidos son otros, y este es el mayor defecto del libro a mi modo de ver: que los contenidos quedan solapados, subsumidos, desplazados por la mirada subjetivante e ideológica del autor y su entorno. Pues un autor como Bueno no puede dejar que la editorial donde publica este libro “imponga” el rótulo Zapatero y su foto en la portada y en el título, cuando sé que ese no era ni el título original ni la intención del autor, que se ceñía al Pensamiento Alicia, en general, e ilustrado eso sí con la política y el discurso de Zapatero y el PSOE. Así que para terminar, concluiríamos con este sintomático designio: la ‘ilustración’ se ha tragado al ilustrado.